

## **La espiritualidad desde la relación entre la ciencia y la mística. La dualidad.**

Una dualidad se nos manifiesta en todos los tiempos.

Espíritu y materia son dos antagónicos que han coexistido enzarzados en lucha, y también han convivido armónicamente.

Tanto separados como unidos, han permanecido y permanecen siempre.

Si la parte espiritual se separa de la material, se manifiesta como creencia y como una propuesta imposible.

Si consideramos a la parte material aislada, da lugar a la experimentación y a lo empírico, con el peligro de quedar sin propósito.

Ambas actitudes son inconscientes, y la inconsciencia es la base de la ignorancia.

Cuando la creencia y la experiencia se han combinado, han gestado hipótesis posibles que constituyen la base de la magia creadora de formas, bien sea como ideas, como sentimientos o como actitudes, lo que equivale a afirmar que se ha creado algo nuevo y que ello ha sido posible mediante el mecanismo de proponer y de realizar.

Respecto de la creencia y de la experiencia, tanto los científicos como los místicos, mantienen dos criterios diferenciados.

Un sector de la ciencia piensa que es capaz de explicar totalmente las leyes universales, por lo que manifiestan una tendencia hacia la experimentación física, y paralelamente, otro sector místico se aventura en afirmaciones acerca del origen cósmico y de nuestro destino, afirmaciones de alguien que, de manera análoga en la mayoría de estos personajes, comunica su verdad como si fuese la más verdadera de todas, y ello no produciría reacción en contra alguna si no fuese porque se acompaña del desprecio y de la negación de las otras verdades, perdiendo, por lo tanto, el derecho a ser consideradas.

Las medias verdades son más dañinas que la ausencia de la verdad.

Afortunadamente, una parte de la mística realiza su propia autocrítica e intenta responder por qué, penetrando en los territorios científicos, al intentar racionalizar su creencia.

Asimismo, también el científico irrumpe en los dominios de la mística, cuando afirma la existencia de un agente que no es captado por la investigación racional y empírica, se trata de un elemento metafísico y sobrenatural, al que se intuye como complementario de la acción humana, para que el mundo objetivo sea tal cual es. La ciencia también construye teorías acerca de las leyes universales que, en forma de hipótesis, intentan explicar y pueden llegar a comprender una parte de aquello que la creencia solo sustenta mediante la fe.

De esta manera, el místico y el científico actuales pisan un terreno común, en el que la acción se torna racional para el místico e irracional para el científico,

manifestándose en dos cualidades compartidas por ambos, que son la comprensión y la lógica.

Acabamos de contemplar nuestra propia dualidad actual, y podemos observar que ha permanecido así en nuestros antepasados, dualidad a la que hemos definido de múltiples maneras, tales como espíritu y materia, dios y el demonio, el bien y el mal, Fohat y Kundalini, Buda y Cristo, o polaridad positiva y negativa.

¿Existiría el espíritu sin la materia? ¿acaso no resulta más interesante el posible contacto entre las dos polaridades, es decir, entre la ciencia y la mística?

Si la ciencia se corresponde con la realización material, o polaridad negativa, y si la creencia tiene su correspondencia con una hipótesis, con una proposición o polaridad positiva, ¿no se hace la luz cuando entran en contacto ambas polaridades? Creencia y ciencia deberían dialogar.

El hombre está constituido por átomos y estos por elementos eléctricos diferenciados, tales como los protones y los electrones, por lo que ambas polaridades están integradas en nuestras propias estructuras humanas, así que somos duales, como los elementos que nos confieren la forma material y, también, como nuestra propia historia y realidad, somos espíritu y materia, somos lo positivo y lo negativo.

Cualquier acción humana, pensando, sintiendo o actuando, constituye un movimiento.

Este movimiento es provocado por el desplazamiento de cargas eléctricas desde un lugar hacia otro y produce un efecto, tal como que opinemos, critiquemos, reaccionemos a favor o en contra o cuando imitamos.

El resultado de estos movimientos es idéntico al fenómeno científico del magnetismo, ese magnetismo que genera una acción individual y que induce a que los demás también actúen, tanto a favor como en contra, lo que constituye la inmensa mayoría de nuestras acciones.

Sin embargo, en una acción llevada a cabo desde el impreciso lugar en el que se equilibran la acción a favor y la de en contra, ni existiría aceptación ni rechazo, y esta podría constituir la base de la libertad, porque cada acción tendría la cualidad que integra la energía de la aceptación y la del rechazo, es decir, dispondría de la máxima potencia energética.

Así pues, un movimiento llevado a cabo por la suma de lo que atrae y de lo que repele resulta completo, ya que no predomina ninguno de ellos sino que permanecen integrados, como en nuestra historia, que al separar lo que nos atrae de lo que nos repele hemos originado batallas, pero cuando se han combinado ambos movimientos, ha surgido una dorada época como la del Renacimiento.

¿Cuál es la característica externa de las entidades Buda y Cristo?, precisamente el movimiento, la acción.

El Buda desciende, porque la energía espiritual de la voluntad contacta con la materia, y el Cristo asciende, porque la perfección de lo realizado en la materia, se equipara a la intensidad de su propósito inmaterial.

La ciencia nos enseña que toda carga eléctrica en movimiento, y el hombre lo es, genera un campo magnético, y cuando la carga se mueve en este campo, genera una electricidad.

Miguel Faraday afirmó que un campo magnético cambiante genera a otro eléctrico, y Maxwell lo completó diciendo que todo campo eléctrico variable genera a otro magnético. Podríamos decir que los campos magnético y eléctrico tienen vida propia.

Es decir, que toda acción humana consume electricidad y genera magnetismo, caracterizado por la atracción y la repulsión, de ahí el afecto y el odio, y este magnetismo generará a su vez otra acción que consumirá otra energía eléctrica y así sucesivamente, constituyendo una cadena con infinitos eslabones que se prolonga en todos los planos y reinos, tanto hacia los superiores como hacia los inferiores.

Bajo esta perspectiva, el amor es el equilibrio entre la atracción y la repulsión, equilibrio producido en un momento y en un lugar.

El amor es el don de la oportunidad.

Cuando imitamos porque no existe decisión propia, sino ajena, nos dejamos influir por campos magnéticos existentes y externos, viviendo de impulsos que, o nos atraen o nos repelen, y en ello se basa la inconsciencia.

Cuando vivimos por decisión propia, por lo tanto conscientes, generamos nuestro propio campo eléctrico, constituyendo aquello a lo que llamamos voluntad, que dará lugar a la formación de nuestro propio campo magnético cuando realicemos aquella voluntad, de tal manera, que ambos campos de fuerza serán nuestros, no exteriores, y se habrán generado por nuestras propias estructuras, no por los pensamientos, sentimientos o actitudes de otros.

Ahora podemos hablar de luz y de equilibrio, por lo tanto de la paz y de la fraternidad.

Esta afirmación podría ser la base de una creencia, si no fuese por la existencia de un hecho científico que la avala: las radiaciones alfa y beta son desviadas por los campos magnéticos, mientras que ningún magnetismo, por intenso que sea, desvía a la radiación gamma, de ahí la importancia de la determinación, alfa, y de la realización, beta, aunque se produzca en pequeños actos individuales, carentes de relevancia social, pero está generando gamma, equilibrio.

Quizás sea por eso que la luz visible ocupe una franja tan pequeña en el espectro total de la luz.

Nuestra correspondencia se basa en que la radiación alfa, de polaridad positiva, es a una hipótesis, como la radiación beta, de polaridad negativa, es a su ejecución. Y el resultado de ambas radiaciones combinadas es la gamma, es decir, cuando aquella hipótesis ha sido realizada en la materia.

Al formular una propuesta se genera el deseo de realizarla, y este movimiento es el de la atracción, mientras que se experimenta la repulsión cuando ha finalizado la realización, cuya finalidad es la de evitar el aferramiento y la satisfacción de lo realizado, para que se geste otra nueva propuesta y se desatienda a la realización de la anterior, hecho que constituye el desapego a la materia.

Si faltase la propuesta o su realización, la acción resultará incompleta y ante ello, observamos dos hechos científicos: el núcleo de un átomo es quien escribe el guión, y son los electrones quienes lo ejecutan.

Sin núcleo no hay guión, sin guión no hay átomo y sin átomos no hay materia en la que se manifieste el espíritu, por lo que falta una de las dos polaridades, y se ha de consumir tiempo hasta que se forme en la propia estructura individual.

Si predomina la decisión, es porque una parte de la misma es imposible de realizar por el propio individuo, y ha de recurrir a los demás para que ejecuten aquello de lo que es incapaz, y si predomina la realización, es porque una parte de esta decisión carece de propósito propio, y ha de adueñarse de otro ajeno, de ahí la incesante búsqueda.

Acerca de las energías espiritual y material, deberíamos precisar dos detalles que, para su comprensión, utilizaremos la analogía con el imán.

Un imán se forma por el contacto de una corriente eléctrica sobre un metal conductor.

El primer detalle es que las cargas atómicas se separan, distribuyéndose a cada uno de los extremos del cuerpo del metal conductor, constituyendo los polos positivo y negativo del imán.

El segundo es que se establece una relación dual entre las polaridades, una por el exterior del cuerpo del metal, es la que va desde la positiva a la negativa, se corresponde con la intención humana todavía inmaterial, es el Buda individual o la energía de la voluntad humana, que circula desde lo inmaterial hacia la materia.

La otra circula por el interior del cuerpo metálico, desde el polo negativo hacia el positivo, su símbolo es el místico Cristo, cuyo movimiento va desde la materia hacia el espíritu.

Si el hombre tiende a espiritualizarse, es porque progresivamente adquirirá mayor potencial positivo o voluntad, hasta que llegue a convertirse totalmente en espíritu, es decir, totalmente positivo, y en ese caso, ¿quién ostentará la polaridad negativa?

Quizás sea ese agente metafísico al que aluden los mismos científicos y que ya, algunos de ellos, han afirmado que se trata del ángel.

Ante estas dos energías, la de la voluntad espiritual y la de su realización material ¿cuál de ellas ha de actuar en primer lugar?

De la misma manera que no existe un átomo sin que se haya formado su núcleo previamente, tampoco se manifiesta una realización material sin la previa existencia de su propósito, así pues, parece ser que la primera en existir ha de ser la voluntad o polaridad positiva, y la negativa es la añadidura, como el orbital de electrones en cualquier átomo.

Por lo tanto, el hombre es quien mueve ficha primero y detrás, quizás sea el ángel quien lo haga.

Esta afirmación no es gratuita, tiene su justificación posible en un hecho científico. Cuando se aísla un protón en el laboratorio, sin poder predecirlo ni existir la posibilidad de controlarlo, aparece un electrón para formar un átomo, y así se crea materia artificial por la ciencia, pero primero ha tenido que existir un protón para que se cree materia.

Muchos científicos actuales, y entre ellos se encuentran premios Nóbel, aluden a la mente humana como la causante del movimiento que se observa en las estructuras atómicas.

De hecho, el electrón ha de dar dos vueltas alrededor del núcleo atómico para completar una sola órbita, en la primera vuelta es como si absorbiera el espacio a su alrededor para recoger información, y en la segunda se adapta. Es decir, que reconoce al propósito humano en la primera vuelta, y en la segunda lo ejecuta.

Tal como se forma un silogismo en filosofía, en la primera premisa se define a lo abstracto, y en la segunda a lo concreto, para, en la conclusión, establecer el camino desde lo abstracto hasta lo concreto, eso a lo que denominamos comprensión lógica, base de todo conocimiento fundamentado, al que le damos nombre en mística y en psicología, es la conciencia.

Si observamos la primera premisa separada de la segunda, no es posible la conclusión, si el electrón no da las dos vueltas no podría adaptarse y no habría cambio en la forma material, de la misma manera que si una propuesta es imposible no hay realización en la materia, o cuando ejecutamos inconscientemente un acto, es porque carecemos de intención propia y nos hemos adherido a otra externa.

En todos estos casos, la acción y el movimiento resultan incompletos.

Afirman los científicos que la teoría cuántica no tendría sentido sin la intención del observador, de tal manera que cada observación constituye una acción humana, y produce una apreciable transformación respecto de la estructura física original.

Todo ello permite afirmar dos postulados: uno es que el hombre tiene un lugar en el proceso evolutivo y en la construcción del Universo. El otro es que existe otro agente metafísico, que, de la misma manera que el electrón lo hace respecto del protón, actúa conjuntamente con el hombre, y cuyo resultado es el mundo objetivo que percibimos, y en el que tenemos el ser.

¿Qué agente es el que propicia la concurrencia de los electrones, para formar átomos junto con los protones que haya generado el hombre? ¿por qué no pudiera ser el ángel?

El mecanismo o movimiento de proponer-realizar constituye un ciclo completo, para el que hacen falta, tanto la existencia de una propuesta como la de su ejecución, y científicamente constituye una frecuencia vibratoria, cuya medida unitaria en la hipótesis cuántica es el cuanto, y su correspondencia se produce al considerar los ciclos de propósitos y realizaciones, pues usamos del tiempo para proponer y realizar, del espacio en el que nos ubicamos y de la velocidad en la que ejecutamos una propuesta.

Tengamos en cuenta que la velocidad del movimiento de las partículas atómicas que nos constituyen, es cercana, igual o superior a la de la luz, parece pues, que tenga que ser el macrocosmos quien ha de adecuarse progresivamente al microcosmos, quizás la evolución nace desde lo pequeño, desde lo más insignificante e imperceptible, tan imperceptible que es inmaterial para nosotros, aunque no lo es para el electrón, nace desde lo más recóndito de nuestro interior, místicamente diríamos que nace desde el corazón.

Cuando en un mismo tiempo existen muchos ciclos o cuantos, significa que se es capaz de realizar muchas propuestas, con lo que la frecuencia vibratoria será alta, o será baja cuando suceda lo contrario.

Al ser alta la frecuencia, existen muchos contactos entre la energía espiritual de la voluntad, o Fohat, y la de la materia o Kundalini, lo que provoca una constante perturbación en el espacio, como consecuencia de que se están generando incesantemente campos magnéticos y eléctricos, lo que se manifiesta como radiactividad. La radiactividad es una emisión de energía, y se emite energía cuando se desintegra una estructura para volverse a integrar en una forma nueva.

Sin embargo, cuando la frecuencia es baja, no existe tal perturbación, la radiación se manifiesta como fogonazos esporádicos, porque tardamos mucho tiempo en realizar una proposición, y tardaremos mucho tiempo en gestar otra.

De esta manera, los campos magnético y eléctrico se separan en el tiempo, no pueden gestarse mutuamente y precisan de otros campos exteriores que, bajo la forma de influencias, tendencias, costumbres o tradiciones, provocan el retraso temporal del proceso evolutivo individual, momento propicio para que penetren influencias externas en nuestras propias y todavía débiles estructuras.

Así que todo parece indicar que el principio consiste en pensar y decidir por sí mismos todo lo que vayamos a realizar, gestando proposiciones cada vez más espirituales, que contengan cada vez menos objetivos materiales, permitiendo que, estas realizaciones, se incorporen como actos del subconsciente humano y

dejando en manos de otro agente, la acción de que sean ejecutadas aquellas propuestas, en manos del ángel.

A este escurridizo e inmaterial agente se le trata de encontrar en el acelerador y colisionador de partículas, bajo el nombre de partícula divina o bosón de Higgs, cuya característica es la de conferir masa a la materia, y en cuanto se encuentre una correspondencia válida, tanto para el macrocosmos como para el microcosmos, se podría establecer una relación real, y no imaginaria, entre la energía espiritual de la voluntad y la energía material de la realización, entre Fohat, o Buda, y Kundalini o Cristo, es decir, entre el hombre y el ángel.

Las ecuaciones científicas respecto del macrocosmos, son falsas al aplicarlas al microcosmos.

El problema de la teoría de la unificación de fuerzas, consiste en aplicar aquellas ecuaciones a las partículas elementales de la materia y que resulten válidas, pues al integrar la gravitación en ellas, las hacen inservibles si se aplican a lo microcósmico.

Este intento de comprender al macrocosmos y al microcosmos simultáneamente, se corresponde con los métodos inductivo y deductivo de los filósofos griegos Platón y su discípulo Aristóteles, pues no resulta interesante ninguno de los dos por separado, sino la combinación de ambos.

Así pues, nada interesante subyace en la consideración hacia el hombre o hacia el ángel si se separan, porque sería considerar al espíritu sin la materia.

Si esto es así, al hombre le corresponde potenciar y perfeccionar la estructura nuclear de la materia a base de propuestas posibles, que en el plano de la acción física tendrá su correspondencia con las respuestas a ¿qué puedo hacer?, en el plano emocional a ¿qué quiero hacer? y en el mental a ¿qué debo hacer?

De manera similar, al ángel le corresponde lo análogo respecto del orbital de electrones que, al combinarse con el núcleo creado por el hombre, adquiere forma en la materia, constituyendo el mundo objetivo que percibimos, y también el que no percibimos con nuestros sentidos físicos, y no por ello deja de ser real.

Esta relación producirá un nuevo renacimiento, que abarcará no solo a las expresiones artísticas en la materia, sino también a los sentimientos y a los pensamientos, por lo tanto, podrá constituir una auténtica revolución en el mundo de las ideas.

El que ahora estemos hablando de ello es porque ya comienza a ser una realidad, y toda realidad material ha tenido su principio en un núcleo atómico que le corresponde al hombre, bajo la forma de una propuesta propia, así como que el orbital de electrones pudiera corresponderle al ángel, de esta manera, dos realidades inmateriales y existentes en lo sutil, la alfa como propuesta humana o aspecto padre, y la beta como acción angélica o aspecto madre, engendran a la

gamma, que se manifiesta como el mundo material y objetivo, tanto el que percibimos como el que no.

Eloy Millet Monzó  
Hostalets de Balenyá  
21 de Noviembre, 2009